

A 100 años de la Revolución Bolchevique y 150 del capital de Karl Marx: dialéctica y síntesis en su conmemoración

Lince Bohórquez, Wilmar Dubian

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Lince Bohórquez, W. D. (2017). A 100 años de la Revolución Bolchevique y 150 del capital de Karl Marx: dialéctica y síntesis en su conmemoración. *Revista Kavilando*, 9(2), 333-344. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-63718-8>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

A 100 años de la Revolución Bolchevique y 150 del capital de Karl Marx: dialéctica y síntesis en su conmemoración

100 years after the Bolshevik revolution and 150 years of the Karl Marx's Capital: dialectics and synthesis in its commemoration

Por: Wilmar Dubian Lince Bohórquez¹

Recibido: octubre de 2017 *Revisado:* noviembre de 2017 *Aceptado:* diciembre de 2017

Resumen

Hace 150 años, El Capital de Marx, se publicó por primera vez. Cinco décadas más tarde el proletariado ruso se toma el poder. El Capital representó una revolución científica. El triunfo de los bolcheviques la primera gran revolución socialista. ¿Qué importancia tienen estos dos hechos para la humanidad, para la ciencia, para el sueño de un mundo radicalmente distinto? A 150 años de El Capital de Marx y 100 de la Revolución Bolchevique, se hace necesario hacer lectura de estos logros en clave de síntesis, el aspecto más significativo de la dialéctica.

Palabras Clave. Marx; marxismo; dialéctica materialista; revolución; ciencia; transformaciones.

Abstract

150 years ago, Marx's Capital, was published for the first time. Five decades later the Russian proletariat takes power. Capital represented a scientific revolution. The triumph of the Bolsheviks the first great socialist revolution. How important are these two facts for humanity, for science, for the dream of a radically different world? To 150 years of Marx's Capital and 100 years of the Bolshevik Revolution, it is necessary to read these achievements in the key of synthesis, the most significant aspect of the dialectic.

Key Words. Marx; Marxism; materialist dialectics; revolution; science; transformations

¹Docente e investigador.
Departamento de
Sociología. Facultad de
Ciencias Sociales y
Humanas Universidad de
Antioquia. Integrante del
grupo de investigación
Redes y Actores Sociales -
Grupo de Estudio Método
Marxista y Teoría Crítica.
Medellín (Colombia).
Contacto:
wilmar.lince@udea.edu.co

Del Capital, a la Revolución Bolchevique

Hace 150 años, el mundo, dominado ya por la clase burguesa y con un capitalismo fornido, veía cómo el proletariado¹, en cabeza de Marx, había logrado comprender la *anatomía* de dicho modo de producción, llegando a su médula a través de la economía política. En efecto, al batirse teóricamente con Ricardo, fisiócratas y hasta a socialistas utópicos, Marx (1974) había logrado exponer “la concepción científica de que el salario no es lo que parece ser, es decir, el valor —o el precio— del trabajo, sino sólo una forma disfrazada del valor —o del precio— de la fuerza de trabajo” (p. 20). Con esto, a decir del mismo Marx “se ha puesto en claro que el obrero asalariado sólo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir, a vivir si trabaja gratis durante cierto tiempo para el capitalista (y {...} para los que, {...} se embolsan la plusvalía)” (p. 20). *El Capital*, cuyo primer tomo vio la luz en 1867, se constituiría en la obra culmen de la científicidad y racionalidad crítica de Marx. Esta investigación echó por tierra toda la pseudo-teoría² del valor que la economía política burguesa había planteado desde el siglo XVIII. ¿Cómo fue ello posible? Una de las claves estuvo en la demostración de que el capital no se originaba en el cambio sino en el acto productivo mismo, allí donde el trabajo dejaba de ser tal para erigirse en *fuerza de trabajo*, otra mercancía más, pero ya no “vulgar y corriente”, sino un tipo de mercancía *sui generis*: la única capaz de crear valor donde antes solo existían materias primas, capital constante (Marx, 1975).

Aun cuando este descubrimiento podría ser el más significativo para la clase obrera y el proletariado, no es el único. Deben destacarse en *El Capital*, el develamiento de la plusvalía y su cristalización plena como motor del capitalismo en su retorno a la fase productiva para comprar fuerza de trabajo (Marx, 1975a). La desmitificación de la “llamada acumulación originaria” que, según se decía, era el fruto del trabajo disciplinado del burgués cuando, en realidad, se había cocido a sangre y fuego con la “liberación” violenta de las huestes feudales, la manguala financiera del Estado y el saqueo de África y América (Marx, 1975a). La teorización de que el desarrollo del capitalismo lleva implícito el decrecimiento paulatino de la tasa media de ganancia como resultado del aumento de la *composición orgánica del capital* (capital constante y capital variable), en la imperiosa necesidad de los capitalistas de aumentar la producción y la ralentización en la rotación del capital (Marx, 1975c). El esclarecimiento de que “(...) una parte de la plusvalía producida por el capital va a parar a manos del terrateniente” (Marx, 1975c, p. 537) y que, con esta precisión, ha de saberse que la agricultura, al igual que la industria, se desarrolla bajo las leyes inmanentes del capitalismo, por más que los terratenientes inviertan su capital no necesariamente en aquel trabajador “doblemente libre” de la “llamada acumulación originaria”, sino en “el trabajo asalariado que este capital pone en acción, dando cuenta con ello del papel que juega la producción campesina en el circuito económico político del capitalismo” (p. 537). El lugar que ocupa la producción campesina, el trabajo en el campo como tal, respecto al circuito de la plusvalía y la reproducción de valores, es otro más de los tantos aportes de Marx en *El Capital*.

En El Capital, como bien se lo señalara Engels (1974) al sociólogo Alemán Werner Sombart – ácido lector de la obra de Marx-, se expone en su mayor esplendor, la ciencia y el método de lo que, años más tarde, tomaría nombre de *marxismo*:

(...) toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación. Por consiguiente, aquí habrá que realizar todavía cierto trabajo que Marx, en su primer esbozo, no ha llevado hasta el fin (p. 534).

El énfasis de Engels al respecto es que Marx había desplegado la *Dialéctica Materialista* como método para abordar científicamente la realidad social. Este despliegue va concretando el *Materialismo Histórico*, que, entendiendo la dialéctica como ley del movimiento, desborda el carácter epistemológico del método para configurar una concepción de mundo, una filosofía basada en la praxis (síntesis crítica, radical, entre teoría y práctica) que traza un camino para revolucionar, desde la estructura económica y conteniendo la superestructura ideológica, la sociedad. Planteará Marx (1975a), en el colofón del capítulo XXIV, que

(...) una vez que el régimen capitalista de producción se mueve ya por sus propios medios, el rumbo ulterior de la socialización del trabajo y de la transformación de la tierra y demás medios de producción en medios de producción explotados socialmente, es decir, colectivos, y, por tanto, la marcha ulterior de la expropiación de los propietarios privados, cobra una forma nueva. *Ahora, ya no se trata de expropiar al trabajador*

independiente, sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos trabajadores (p. 648).

Y remata con total contundencia ese capítulo, marcando ya no solo la tendencia contradictoria del modo capitalista de producción en su aspecto económico sino proponiendo un lugar al sujeto histórico revolucionario:

La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados (...) Allí {en el régimen basado en la propiedad privada capitalista}, se trataba de la expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; aquí, de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo (p. 649).

50 años después de la revolución científica que representó El Capital de Carlos Marx, el proletariado ruso, con Lenin y los Bolcheviques en la vanguardia, derrocaban el poder de la reacción zarista y daban inicio a la primera experiencia socialista real. Inspirado en esta concepción de mundo, el partido Bolchevique (que significa *mayoría*) plasma el comunismo como ideología y forma de poder en la realidad concreta rusa. Al trazar las tareas del comunismo en el ejercicio del poder, Lenin (1970), afirmaba lo siguiente:

Por vez primera en la historia mundial, un partido socialista ha logrado coronar, en términos generales, la obra de la conquista del Poder y del aplastamiento de los explotadores y abordar de lleno la tarea de gobernar al país. Es necesario que

resultemos dignos cumplidores de esta difícilísima (y muy grata) tarea de la transformación socialista (p. 681).

Para la ideología comunista-Bolchevique, el triunfo de la revolución proletaria en Rusia no era la meta. Derrocado el zarismo, el partido Bolchevique es consciente de los retos que le siguen: Restablecer las fuerzas productivas que habían sido diezgadas por la guerra, ejercer dictadura del proletariado sobre la burguesía que se había envalentonado a la par de la revolución y ambicionaba asir el poder, tratar con la crítica implacable a mencheviques y a la derecha eserista, impulsar económicamente la nación; tenía claro que sin estos principios mínimos, el poder proletario se diluiría y sucumbiría ante la voracidad burguesa (Lenin, 1970). Lenin tenía muy claro que la resolución de las necesidades más urgentes y vitales del pueblo ruso debía ir acompañada de impulsar la revolución a escala mundial, es decir, de trabajar en el carácter internacionalista del proletariado y sus luchas en todo el planeta. Ello, ya anticipado por Marx y Engels (2007) en El Manifiesto, significaba entender que el mundo no podría librarse, a plenitud, de la opresión capitalista sobre las masas si ello no ocurría en cada rincón donde la vida humana tuviera lugar. La meta que se trazaban era el comunismo.

No se desconoce que la revolución rusa incita discusiones que van desde lo ideológico-político hasta las acciones concretas en el ejercicio del poder. Para nadie es un secreto la “*satanización ritualizada*” de la que habló Arno Mayer (2014) que se ha desencadenado a partir de la dictadura proletaria en Rusia. Mayer, historiador y crítico de esa suerte de “verdades hechas por la inercia del viento idealista” (por

ende, sin bases ni soportes), entiende que sobre la revolución en general y la revolución rusa en particular se ha tendido una bruma aciaga que ha preñado la mente de intelectuales y políticos profesionales que pasan por la vida desencantados de la revolución...si es que alguna vez se sintieron encantados por ella

Hoy en día la utopía se encuentra totalmente eclipsada por la distopía. En gran parte del primer y segundo mundo existe un consenso, articulado por Hanna Arendt, según el cual “la libertad ha sido mejor preservada en países donde nunca estalló la revolución sin importar cuan indignantes pueden ser las circunstancias en que el poder es ejercido, y que existen incluso más libertades civiles en países donde la revolución fue derrotada que en aquellos donde la revolución ha salido triunfante”. La revolución es vista como algo innecesario, y sus costes materiales insostenibles desde un punto de vista moral e histórico (Mayer, 2014 p. 18).

El humo que empezó a cundir en el imaginario intelectual, académico y, de a poco, en un grueso de la sociedad mundial, pintó un panorama desgarrador y atroz de los impactos de la revolución Bolchevique entre 1917 y hasta la muerte de Stalin. Una pléyade de escritores y académicos, donde se destaca la mencionada Arendt, tendenciosamente asimilaba la dictadura proletaria rusa con el fascismo y chauvinismo de Hitler y las prácticas fascistoides de Mussolini (Mayer, 2014). Sin empacho alguno, obviando los más elementales parámetros de la ciencia social y la investigación científica, Stalin y, con él, los significativos avances de la revolución rusa y del partido comunista fueron demonizados. No se está afirmando, con esto, que no haya

que hacer una revisión juiciosa y sistemática del socialismo en época de Stalin. Lo que se propone es que, en vez de los lugares comunes para referirse sobre el particular, que pululan como ecos irascibles y sonsonetes cacofónicos, la cuestión se asuma como objeto de investigación científica³.

Ahora bien, negar que la revolución Bolchevique tuvo errores profundos es querer tapar el sol con un dedo

Cuando hablamos de errores muy serios, nos referimos en parte a lo que sucedió en 1936-1938. Muchas personas inocentes sufrieron represiones: funcionarios económicos, oficiales militares, miembros del partido que habían estado en la oposición en años anteriores y otros que estaban considerados como potenciales fuentes de oposición, inclusive unas personas de la intelectualidad. Violaron los derechos legales básicos del pueblo y cometieron ejecuciones a partir de esas violaciones. Eso era, como dije, doloroso (Lotta, 2015, p. 33).

Como bien lo señala Lotta (2015), la forma de abordaje de algunos “científicos” sociales de lo ocurrido en Rusia dista mucho de la ciencia y sus métodos (para no ir muy lejos, Mauricio Archila (2008) con sus referencias al estalinismo con frágiles referencias y débiles soportes). Un método verdaderamente científico, y que se proponga escarbar en la realidad con el propósito de encontrar en ella la verdad, ayudaría a comprender que el poder proletario se enfrentaba a facciones contrarrevolucionarias, incluso dentro del partido y el ejército que buscaban aliarse con cualquiera de las potencias imperialistas (Lotta, 2015).

Resulta particularmente dilucidadora - en uno de los trabajos más serios y rigurosos que se hayan escrito sobre la revolución rusa en cabeza de Stalin y que lleva por título “*Stalin, historia y crítica de una leyenda negra*” - la referencia que hace Losurdo⁴ (2011) de Isaac Deutscher, ferviente admirador de Trotsky, cuando este último, tras la muerte de Stalin en 1953 afirma que

Tras tres decenios, el rostro de la Unión Soviética se ha transformado completamente. Lo esencial de la acción histórica del estalinismo es esto: se ha encontrado con una Rusia que trabajaba la tierra con arados de madera, y la deja siendo dueña de la pila atómica. Ha alzado a Rusia hasta el grado de segunda potencia industrial del mundo, y no se trata solamente de una cuestión de mero progreso material y de organización. No se habría podido obtener un resultado similar sin una *gran revolución cultural* en la que se ha enviado al colegio a un país entero para impartirle una amplia enseñanza.

No hay dudas: millones de humanos entre campesinos, obreros, intelectuales mujeres (¡mujeres!) se levantaron en 1917 contra la dominación que los mantenía oprimidos, hundidos en la miseria y el atraso que los esclavizaba en el trabajo. Nada de esto hubiera sido posible sin las bases científicas que empezó a construir Marx en El Capital. Entre logros y derrotas temporales, entre aciertos y errores, entre lecciones aprendidas y sueños por formular, el movimiento de la historia exige una conmemoración que sepa leer este par de eventos con semejante magnitud en el aspecto más potente que tiene la dialéctica: la síntesis.

Dialéctica, el papel de la síntesis 100 y 150 años después

¿Qué importancia tienen estos dos hechos para la humanidad, para la ciencia, para el sueño de un mundo radicalmente distinto?

Cuando está en riesgo el legado marxista por sus deformaciones academicistas y calumnias políticas, cuando los pregoneros del capitalismo han declarado la muerte en vida del socialismo, cuando pareciera cundir el desencanto y el pesimismo que oscurece las posibilidades reales de un mundo radicalmente distinto, es crucial conmemorar estos dos eventos en clave de *síntesis práxica*. Es un momento para hacer balance del marxismo desde el punto de vista teórico-epistemológico, científico, sociológico, partisano, ideológico. Si, como lo escribiera Mao⁵(1974), la dialéctica es la ley del movimiento, la síntesis se constituye en su momento más importante. En sentido materialista, síntesis no significa resumen, no es la negación de la negación como erróneamente lo escribiera el gran Engels (1968) (e incluso el mismo Marx en el capítulo XXIV de El Capital) refiriéndose a la dialéctica; la síntesis es la lectura filosófica del decurso del movimiento para sacar lecciones, aprendizajes e incidir conscientemente en él (movimiento). Es saber ponderar el legado, el acervo, los pasos andados con errores y aciertos. La síntesis es el bucle, el punto nodal del movimiento, el cierre de un proceso y la apertura de uno nuevo. En tal sentido, la síntesis, más que un tránsito particular de la dialéctica puede constituirse en punto de quiebre superestructural-cualitativo (ideológico, político, organizativo) para incidir revolucionariamente en lo estructural-

cuantitativo⁶.

No debe olvidarse que Marx, le había dado judía sepultura a la Hegeliana noción de dialéctica. Es imprescindible para ello, asumir críticamente en el plano social la concepción de síntesis práxica, pues se requiere todo el rigor de la ciencia para poner a prueba la teoría, la valentía para defender las experiencias y avances del marxismo y el proletariado, pero también la honestidad para reconocer sin ambages los errores cometidos.

La síntesis, a partir de una relectura de El Capital, obliga retornar a las leyes intestinas del modo de producción burgués desentrañadas por Marx y atrevernos a discutir, con la fuerza de la ciencia histórica, sus descubrimientos y posibles fallos teóricos o conceptuales. Asimismo, la experiencia socialista rusa se nos presenta como la oportunidad de analizar una forma de ejercicio de poder del proletariado, la dirección de un Estado y la puesta en práctica de muchas de las tesis marxistas.

Un análisis en clave de síntesis de El Capital, desde el punto de vista científico, es una provocación a leerlo como la monumental investigación que es, con un Marx en la madurez de su método, con la fuerza de su ciencia, con su teoría que sabiamente retomara y destrozara a antiguos, modernos, a Hegel, Feuerbach, Fourier, Proudhon, Smith, Ricardo; con ese materialismo histórico que, ya a esas alturas, sintetizó en la economía política de El Capital, la filosofía y su concepción sociopolítica; con esa sátira fina y despiadada solo permisible en la estructura de un método expositivo y una sintaxis brillante, muy propias de un gran maestro.

El Capital, pensando en un debate

contemporáneo como síntesis y legado vigente, nos muestra lo comprometido que era *el moro* de Treveris en la búsqueda de la verdad y la profundización del conocimiento para interpretar y demarcar rutas posibles para un mundo donde el trabajo no sea la negación del ser genérico. En ello, es loable el sumo cuidado de Marx en el uso de la fuente -realmente un aventajado de su época en este sentido- y la ubicación sistemática de la información que levanta para darle base y contundencia a sus análisis; igualmente, la capacidad de triangulación que se visibiliza en *El Capital* es acorde a la seriedad de la ciencia contemporánea –ni se diga moderna-, pues apoyado en las fuentes consultadas, muy bien ubicadas y juiciosamente referenciadas, se genera un contraste permanente entre la realidad empírica y diversos autores que le permiten a Marx abstracciones firmes, coherentes, fundamentadas.

A partir de allí, la teoría de Marx está fuertemente sustentada y su ideología tiene la solidez de la ciencia moderna (y, con esto, no me refiero exclusivamente a la ciencia convencional e institucionalizada). El marxismo, por esto, es una teoría científica y una ideología con soporte científico. Como balance, como síntesis, es importante retornar a la dialéctica relación –en apariencia dicotómica- ciencia e ideología para interrogar aquella postura de Marx (1968) cuando, desafiando el idealismo de Hegel, le recuerda que “*La teoría es capaz de adueñarse de las masas apenas se muestra ad hominem, y se muestra ad hominem apenas se convierte en radical*” (p. 15): ¿la teoría social debe proponerse llegar a la raíz de los problemas analizados? ¿Puede reconocerse como método científico un planteamiento que se proponga, a priori, llegar al origen de las

contradicciones fundamentales de la sociedad y revolucionarlas? ¿Puede leerse el marxismo como teoría científica acorde a los tiempos que vivimos?

Pensando en esto, una reiteración de la ciencia sociológica que hay en Marx la trae Nicolaus (2007) con una serie de preguntas que se advierten en *El Capital* y que desembocan en las mismas cuestiones que fueron objeto de estudio en los clásicos de esta disciplina científica en los albores del siglo XX:

(...) ¿Qué premisas sociales deben existir para que el dinero pueda funcionar como un nexo entre los individuos que establecen relaciones de cambio? ¿Cuáles son las consecuencias sociales y políticas de este tipo de relaciones de cambio? ¿Cuáles son las formas más vastas de organización social que corresponden a esta constelación molecular de individuos dedicados a las transacciones privadas? Estos son los problemas de que se ocupa Marx, tal como Sombart, Weber, Simmel, Tönnies investigaron, casi medio siglo después, los efectos del cambio monetario sobre los vínculos de la sociedad. (Nicolaus, 2007)

La investigación científica y el materialismo histórico de *El Capital* de Marx y los acumulados que han quedado tras la práctica y reflexión de la revolución Rusa, llevan a pensarnos, en nuestra contemporaneidad, la necesidad de una síntesis marxista. El humanismo radical de Marx que pone en el centro de la discusión los mecanismos a través de los cuales *el ser* es alienado a partir de la enajenación del trabajo en la sociedad capitalista (Marx, 2013) y, en sus antípodas, la revolución proletaria como única salida y

posibilidad real de liberación y plena realización humana (Marx & Engels, 2007). Estos interrogantes deben hacérsele a la revolución Bolchevique: ¿Se dieron pasos certeros –o no- para liberar a la humanidad de la opresión basada en el trabajo material? ¿Caminó –o no- el proletariado en la línea revolucionaria radical? Si, como se escribiera líneas arriba citando a Engels (1974), “el marxismo no ofrece dogmas hechos y habría que realizar cierto trabajo que Marx no realizó”, ¿Puede leerse –o no- la revolución Bolchevique como elevación cualitativa del marxismo?

Los trabajos de Marx desbordaron su tiempo y anticiparon el nuestro, por esto sigue siendo un contemporáneo, vivaz y estimulante para la investigación práxica y el compromiso con la revolución. El marxismo es materialista, precisamente, por reconocer el estado mutable de la materia y la capacidad que tiene el ser humano de incidir sobre ella. La investigación es, para el marxismo, el único camino que se tiene para conocer la realidad y transformarla (Lenin, 1975). Es adecuada entonces la discusión acerca del carácter transitorio de la teoría marxista, en la misma proporción en que la realidad social se va modificando: no sería acorde hablar de un marxismo materialista y científico sino se reconoce que su vigencia no lo determina, en absoluto, la teoría en sí, sino los avatares de la realidad social. Esto plantea un reto sumamente importante y valioso para esta teoría: ¿se han transformado los aspectos estructurales que hicieron posible la cristalización de la moderna sociedad capitalista? La búsqueda de esta respuesta hará que nos movamos con total creatividad, imaginación y rigurosidad, para saber leer los

cambios que se han dado en el capitalismo sin que hayan desaparecido sus contradicciones estructurales, a saber: producción cada vez más socializada como resultado de la atomización en la división del trabajo Vs apropiación privada a un grado tal que se centraliza la riqueza; desarrollo de las fuerza productivas materiales Vs agudización de la enajenación y alienación del ser humano. En una necesaria reflexión crítica en perspectiva de síntesis, sería errado dejar estática la teoría marxista, pero tampoco podría declararse su caducidad cuando lo fundacional de la sociedad capitalista, sus contradicciones inherentes, siguen siendo las mismas.

En la década del 90, se da inicio a una paella de libros y asoman por montones “científicos sociales” pregonando el fin de una época humana. Después del derrumbe del mal llamado “socialismo real⁷” a finales de los 80 del siglo XX, los sables del imperialismo blandieron, celebrando el derrocamiento definitivo del marxismo, su método, el socialismo, la ideología comunista. Se declaró “el fin de la historia” (Fukuyama, 1992), “la sociedad del conocimiento” (Stehr, 1994), “la sociedad postcapitalista” (Drucker, 1994), “el fin del trabajo y el nacimiento de una nueva era” (Rifkin, 1996), “la era de la información” (Castell, 2005). La proclama del nacimiento de una “nueva era” declarada académicamente y ovacionada en todos los rincones del planeta donde imperaba la democracia burguesa. Se anunciaba con acordes circenses el sepelio del fantasma que recorría el mundo. Certeramente analizó Hobsbawn (1992) este período: “El principal efecto de 1989 es que el capitalismo y la riqueza han dejado, *por el momento*, de tener miedo”.

Pero como la realidad suele ser más testaruda que las teorizaciones idealistas, lejos de resolverse las contradicciones estructurales, a partir de la década del 90, se agudizaron. El viejo Hobsbawm bien sabía que tal cosa no era más que temporal, momentánea. Que los aullidos del capitalismo y su ideología que hizo furor en las universidades durante los 90, pregonando el fin del capitalismo y, como consecuencia lógica, el fin de toda ideología y teoría anticapitalista, no durarían para siempre. A pesar del debilitamiento del movimiento comunista internacional y las ideologías socialistas en todo el mundo, las luchas y resistencias organizadas siguen enfrentándose a las ansias lascivas del capital para obtener plusvalía a como dé lugar, sin escatimar violencia sobre humanos y naturaleza.

Estas luchas han incluido recientemente sacar a flote debates al interior del marxismo que estaban soterrados, o malversados por infamias, calumnias y aseveraciones sin demostración o puramente ideologizadas. Con este oleaje de luchas en todas las esferas, el marxismo se ha autosometido a múltiples críticas teóricas, filosóficas, políticas y prácticas. Las críticas más severas y

propositivas del marxismo tienen que ser tarea del mismo marxismo. Con esto, queda sobrentendido que lo más importante de conmemorar los 150 años de El Capital y 100 de la Revolución Rusa, es hacer un balance crítico, implacable, de la teoría marxista, en especial de aquel aspecto de dicha teoría que se plantea transformar la sociedad capitalista desde sus cimientos, de raíz, es decir, por el marxismo que se piensa el poder vía revolución.

Arrancar de una crítica al marxismo no es negar su valor teórico y práctico: es replantear, repensar y reformular las ideas y acciones que se han dado a partir de éste durante más de 150 años. La crítica y conmemoración de la revolución Bolchevique y de la ciencia que se refleja en El Capital no es una remembranza del pasado para decir que fuimos, sino para recordarle al capitalismo y su ideología burguesa que el marxismo sigue fuerte, que en la autocrítica nos hacemos más poderosos, que no nos paraliza su terrorismo económico o militar, que seguimos soñando, estudiando y preparándonos para construir un mundo sin clases: un mundo libre de opresión y dominación capitalista... nada menos.

Referencias Bibliográficas

- Archila, Mauricio (2008). El maoísmo en Colombia: La enfermedad juvenil del marxismo-leninismo. En: Controversia No. 190 (junio 2008). Bogotá: IPC, FNC, CINEP, CR, ENS.
- Anderson, Perry (1987). Consideraciones sobre el marxismo occidental. México: siglo XXI
- Castells, Manuel (2005). La era de la información. La sociedad red. vol.1. Trad. Carmen Martínez Gimeno. México: Siglo XXI.
- Drucker, Peter (1994). La sociedad postcapitalista. Bogotá: Norma.
- Engels, F. (1974). Carta a Werner Sombart, 11 de marzo de 1885. C. Marx – F. Engels Obras Escogidas en Tres Tomos, Tomo III. Moscú: Editorial Progreso.
- Engels, F. (1968). Anti-Dühring: La subversión de la ciencia por el señor Dühring. México: Grijalbo.

- Fukuyama, Francis (1992). El fin de la historia y el último hombre. Barcelona: Planeta.
- Hobsbawn, Eric (1992). Un día después del fin de siglo. En: Realidad económica No. 108. Buenos Aires: IADE
- Lenin, V. I. (1970). Las tareas inmediatas del poder soviético. V.I. Lenin Obras Escogidas en Tres Tomos, Tomo 2. Moscú: Editorial Progreso
- Lenin, V. I. (1975). Materialismo y empiriocriticismo. Moscú: Editorial Lenguas Extranjeras
- Losurdo, Domenico (2011). Stalin, historia y crítica de una leyenda negra. Barcelona: El viejo topo.
- Lotta, Raymond (2015). No sabes lo que crees que “sabes” sobre...la revolución comunista y el verdadero camino a la emancipación: Su historia y nuestro futuro. Bucaramanga: Cuadernos Rojos.
- Mao, Tse-Tung (1974). Sobre la contradicción. En: Cinco tesis filosóficas. Pekin: Ediciones en lenguas extranjeras.
- Marx, C. (1968). Prólogo a la filosofía del derecho de Hegel. Buenos Aires: Claridad.
- Marx, C. (1973a). El 18 Brumario de Luis Bonaparte. C. Marx – F. Engels Obras Escogidas en Tres Tomos, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, Engels (1973). Carta de Marx a Kugelman 11 de julio 1968. En: Correspondencia completa de C. Marx y F. Engels. Buenos Aires: Cartago.
- Marx, C. (1974). Crítica del programa de Gotha. C. Marx – F. Engels Obras Escogidas en Tres Tomos, Tomo III. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, Karl(a). El capital (1975). Volumen I (Sección Primera, capítulos 1, 2 y 3: “Mercancía y Dinero”). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl(c). El capital (1975). Volumen III (Proceso de producción capitalista en su conjunto). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. & Engels, F. (2007). El Manifiesto Comunista de Marx y Engels. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Mayer, Arno (2014). Las furias: violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa. Zaragoza: prensa Universidad de Zaragoza
- Nicolaus, Martin (2007). El Mar desconocido. En: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, borrador 1857-1858, Volumen I. México: Siglo XXI.
- Rifkin, Jeremy (1996). El fin del trabajo, Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era. Barcelona: Planeta.
- Stehr, Nico (1994). Knowledge Societies. Londres: Sage Publications.

Notas.

¹ Uno de los debates clásicos del marxismo, ha sido el problema de las clases sociales. Como predomina en la obra de Marx, no hay un “tratado general” sobre un tema en especial, incluyendo el problema de las clases sociales. Aun así, existe un cúmulo sustancioso acerca de dicha cuestión. En obras como la Crítica al Programa de Gotha, el 18 Brumario de Luis Bonaparte, en el mismo Manifiesto Comunista, Marx y Engels marcaban muy bien la existencia objetiva, material, de las clases sociales, cuya forma esencial estaba (está) dada por la relación de propiedad -o no- con los medios de producción.

Tan enfáticos eran en ello, como en argumentar que una clase, además de su condición material (relaciones de producción, propiedad, trabajo), tenía huellas profundas en cuanto ideología, cultura, política. Es decir, una clase en Marx, y en un marxismo serio, está impregnada tanto de aspectos materiales (estructurales) como ideológicos (superestructurales). Con esto claro, no es difícil entender la distinción marxista entre *clase en sí* y *clase para sí*: la primera existe de modo objetivo, la segunda —existiendo también objetivamente— demanda conciencia. Este asunto amerita una discusión más gruesa, pero no es posible darla en este artículo. Para el caso que se referencia en el presente texto, se habla de una clase en sí, que, en su ideología política, había llegado a un punto importante de comprensión del mundo capitalista.

² Es fuerte, se admite, afirmar que la teoría de Ricardo era falsa. En una carta enviada a su buen contertulio Kugelman, Marx (1973) no titubea en tachar al economista Inglés de “vulgar”, acientífico e idealista: “*La tarea de la ciencia consiste, concretamente, en explicar cómo se manifiesta la ley del valor. Por tanto, si se quisiera «explicar» de golpe todos los fenómenos que aparentemente se contradicen con la ley, habría que hacer que la ciencia antecediese a la ciencia (...). Esta es justamente la equivocación de Ricardo cuando, en su primer capítulo sobre el valor, supone dadas todas las categorías posibles, que deben ser aún desarrolladas, para demostrar su conformidad con la ley del valor. El economista vulgar no tiene ni la menor idea de que las actuales relaciones cotidianas de cambio no pueden ser directamente idénticas a las magnitudes de valor. Todo el quid de la sociedad burguesa consiste precisamente en que en ella no existe a priori ninguna regulación consciente, social, de la producción. Lo razonable, lo naturalmente necesario no se manifiesta sino bajo la forma de una media, que actúa ciegamente. Pero el economista vulgar cree que hace un gran descubrimiento cuando, contra la revelación de conexión interna, proclama orgullosamente que las cosas tienen una apariencia completamente distinta. De hecho, se enorgullece de reptar ante la apariencia y toma ésta por la última palabra. ¿Qué falta puede hacer entonces la ciencia?*”. La denuncia de Marx no es sólo un vericuerdo filosófico: lo que está señalando es que, en el hacer científico, la teoría de Ricardo es, por inoperancia idealista, vulgar, vacua, carente de rigor aun cuando el medio le brindaba todo para que descubriera en la realidad lo que subyacía de verdad. No es un error por falta de información o limitaciones técnicas de la época: es un error por limitaciones de su hacer científico. Allí radica la afirmación de pseudo-teoría.

³ De paso obligado en esta discusión es, por ejemplo, el trabajo de Perry Anderson (1987) quien, en un interesante recorrido por ciertas vertientes del marxismo occidental, presenta a Stalin como una verdadera “leyenda negra”, una suerte de macula del bolchevismo puro, “la negación de la negación” de Lenin: “*(...) El aparato político de Stalin suprimió activamente las prácticas revolucionarias de masas en la misma Rusia, y las desalentó o las sabotó de manera creciente fuera de la Unión Soviética. La consolidación de un estrato burocrático privilegiado, por encima de la clase obrera, quedó asegurada por un régimen policial de creciente ferocidad. En estas condiciones, se destruyó ineluctablemente la unidad revolucionaria entre teoría y práctica que había hecho posible el bolchevismo clásico*” (p. 29). Algo similar se repite en la página 28 del texto en mención. Durante toda la obra, el nombre de Stalin se escribe siete veces (de acuerdo al índice incluido en el mismo libro) y ninguna de esas menciones tiene un soporte, una fuente rigurosa, un objeto de verificación que nos permita apoyarnos no en una interpretación que se mueve por inercia sino en un método de contrastación científica. ¿Cómo puede afirmarse tal cosa si, en el trabajo mismo, no se rebelan las fuentes? Aun así, Anderson, un defensor intelectual de ciertos aspectos del marxismo, es referencia continua en academias y universidades para hablar de Stalin y el socialismo.

⁴ Losurdo se toma el trabajo de buscar fuentes primarias, cartas, notas, actas, memorandos; escudriña en las fuentes históricas para sacar conclusiones y no se queda solo interpretando, valga decir, las interpretaciones de terceros. El método histórico obliga que la investigación se haga de esta manera: no es, en principio, un problema teórico lo que está en discusión sino una cuestión esencialmente histórica... y la historia deja huellas... tras de ellas se debe ir, si se lo que se quiere es revelar verdades.

⁵ La dialéctica como ley del movimiento, como proceso gradual, en trayectoria ascendente, con idas y vueltas, con puntos particulares dentro de la generalidad, con totalidad dentro de lo estructural, fue clara y epistemológicamente expuesto por Mao en “Sobre la contradicción”.

⁶ Quizás deba recordarse que Marx y Engels, unas décadas antes de ver la luz *El Capital*, le había dado *judía* sepultura a la noción hegeliana —con tufillo aristotélico— de dialéctica que planteaba un movimiento circular tesis-antítesis-síntesis. En el materialismo, desde la formulación de Marx, la dialéctica no es circular, pendular cíclica en el sentido de “repetición idéntica

del fenómeno”. Se rescata de allí la síntesis como concurrencias conflictivas tendientes a contradicciones y, a partir de allí, la apertura de posibilidades para crear de nuevo. La síntesis marxista es un bucle entre un movimiento que se agudiza y se agota y uno nuevo que emerge.

⁷ Socialismo real fue el nombre que se le dio, por cierto sector de la academia, a lo que acontecía política, social y culturalmente en algunos países de Europa Oriental, encabezados por Rusia.